

www.elboomeran.com

Marcella Olschki
OH, AMÉRICA

TRADUCCIÓN DE
FRANCISCO DE JULIO CARROBLES

EDITORIAL PERIFÉRICA

NUEVA YORK, 1946

A veces ocurren cosas extrañas. Poco antes de Navidad, después de haber visto en el telediario el homenaje a Ciriaco De Mita* en Nueva York, me vinieron a la mente los pocos contactos que en 1946 mantuve con los italoamericanos en aquella ciudad. Ahora, después de tantos años, volvía a ver a un grupo que brindaba entre aplausos por los éxitos de Italia en todos los campos, y especialmente en el del antiterrorismo, ya –se decía con poca prudencia– del todo extirpado. En medio del entusiasmo general, De Mita triunfaba rodeado por un buen número de caras limpias. ¡Cómo han cambiado los italoamericanos! En los gestos y en el vestir, en el aspecto y en el comportamiento no tenían lo que se dice nada que ver con los que yo recordaba de aquellos tiempos lejanos. Aun así no conseguía des-

* Ciriaco de Mita, político italiano de prolija trayectoria, fue Jefe del Gobierno italiano desde el 13-4-1988 al 22-7-1989. (Esta nota y las siguientes son del traductor.)

cartar vagas sospechas, dudas tal vez del todo injustificadas: ¿cuántas de aquellas caras estarán limpias también al otro lado de la pantalla del televisor?

Me entraron ganas de escribir sobre ellos, sobre cómo los había visto en 1946, fresco aún el impacto que los Estados Unidos me produjeron después de padecer cuatro años de guerra. Luego releí lo escrito y me pareció que no podía interesarle a nadie lo que entonces había visto y pensado. Así que hice una gran bola de papel y la arrojé a la papelera. Unos días más tarde, aprovechando el largo puente navideño, me puse a ordenar una habitación donde desde hacía decenios había ido acumulando papeles, documentos, correspondencia y fotografías sin haber tenido nunca el valor de afrontar aquellas pilas de cosas inútiles y arramblar de una vez con todo.

A media tarea aparece un archivador lleno de cartas. Tengo ante mis ojos lo que se dice un auténtico dossier: un año y medio de vida en América; mi vida, desde abril de 1946 a septiembre de 1947, contada a mis familiares casi minuto a minuto. Así que ahora ya no se trataba de recuerdos algo desvaídos por el tiempo, sino de imágenes inmediatas, relatos, comentarios, encuentros, personajes grandes y pequeños, desesperaciones, nostalgias, ilusiones y desilusiones, y esperanzas. En una palabra: una vida entera, intensísima, comprendida en el lapso de tan sólo un año y medio. Todo regresa

tan vivo y tan vívido como si de súbito se hubiese caído la pantalla de los decenios que separa el presente del pasado.

Increíblemente, al releer con avidez y pasión aquellas viejas cartas mías, vuelvo a verme tal y como era en aquellos tiempos lejanos. Todo lo que viví y pensé habría podido vivirlo y pensarlo hoy; habría tenido las mismas reacciones, habría sacado las mismas conclusiones. Con una enorme diferencia: hoy no habría podido sobrevivir a las auténticas tragedias que sin previo aviso se cernieron sobre mí, a las humillaciones, a las dificultades y a las desilusiones: me falta ya ese ingrediente maravilloso, ese grande y divino don que es la juventud.

En las descripciones de aquella increíble sucesión de acontecimientos que fue mi estancia en los Estados Unidos, me veo otra vez a mí misma como una muchacha muy joven, lejos de los suyos y del mundo, obligada por el destino a afrontar una aventura mucho más grande que ella cuando creía, por el contrario, ir al encuentro de la seguridad. Vuelvo a ver, como si mirase a través de un catalejo invertido, aquella figurita angustiada y perdida que, como por milagro, consigue salir rápido de un peligroso *impasse* y con coraje planta cara, decide y lucha. Es el poderoso impulso de la juventud, que alienta irrefrenable, triunfante elemento de vida: y la juventud vence; de la apagada crisálida nace una

criatura nueva e incólume. El sufrimiento, que había impedido ver, juzgar, apreciar y gozar, que había nublado incluso el sol, cesa un día de repente y empiezan a perfilarse los contornos de las cosas, se colorean los personajes; el deseo de vivir, incontenible, se abre camino y por fin se sonríe y se tienen ganas de reír.

Ahora no sólo recuerdo, sino que, al releer mis cartas, vuelvo a ver y a revivir la gran Nueva York que en un primer momento se me había aparecido como un enorme e impenetrable cementerio, con aquellas ventanas de los rascacielos iluminadas de noche como nichos, un cementerio donde la gente enloquecía aplastando vertiginosamente la propia vida contra el cemento armado. De repente, la ciudad se ilumina de locas girándulas hechas de sucesos inesperados y personajes interesantes, y hasta mi propio callejear para salir adelante vendiendo cosas florentinas a comerciantes desconfiados empieza a mostrar su lado cómico y me divierte. Quién sabe por qué –pensaba entonces– la tienen tomada con los italianos, y quién sabe por qué yo despertaba curiosidad: voy modestamente vestida, pero me muestro educada y trato de ser amable, nada más. Todo el mundo me pregunta de dónde vengo y nunca lo entienden. Invento el juego de las nacionalidades: les pido que adivinen y cuento las que me atribuyen. El récord es veinticuatro: las más in-

verosímiles. Cuando por fin digo que soy italiana todos responden: «¿Italiana? ¡Qué va! Es imposible. Nos toma el pelo».

Luego comprendí por qué. Por aquel entonces carecía de medios para ir a comer a los restaurantes italianos, todos carísimos y, por tanto, fuera de mi alcance, pero alguna que otra vez alguien me invitaba y aquello estaba siempre a rebosar de familias oriundas, gordas familias con gordos abuelos, gordos padres, niños gordísimos, todos morenos, todos grasientos y todos chillones y gesticulantes. A los niños se les permitía todo: subirse a la mesa, hacer pipí en el suelo, pegarse, tener berrinches furibundos... Comprendí, entonces, el «efecto» Italia. De aquella otra Italia, de aquella Italia nuestra mucho más civilizada, más silenciosa y tan valiente, la que quería reconstruir un país aún ensangrentado por las heridas de guerra, ninguno sabía nada. Delgada como un palillo después de años de hambre, contaba a los americanos cuánto habíamos sufrido en aquel terrible período. Me respondían: «¡Ah, nosotros también, ¿sabes? Una vez, durante una semana entera, lo único que encontramos para comer fueron pollos». Así que dejé de hablar; al fin y al cabo, no podían comprender.

Pocos meses después de mi llegada a Nueva York encontré a uno de los personajes más inteligentes, divertidos y graciosos que haya conocido

nunca. Era un exabogado florentino emigrado a los Estados Unidos en 1939 a raíz de las leyes raciales: se llamaba Renzo Nissim, pero muchos lo recordarán como Renzo Renzi, en primer lugar por las transmisiones de *La voz de América*, durante y después de la guerra, y luego, por aquel genial modo suyo de hacer de disc jockey en la radio italiana cuando, ya famosísimo en Nueva York, la nostalgia de Italia le atenazó la garganta y regresó definitivamente al suelo patrio. Era lo que se dice genial, Renzino, y en todos los campos.

En la época en que lo conocí era redactor de programas para Italia en la NBC, tocaba jazz hasta las cuatro de la mañana en un *night club* de lujo, escribía comedias históricas chorreantes de sangre para el público italiano de Brooklyn: tenía que hacerlas horrendas para que fueran comprensibles, pero así y todo contenían tal surtidor de ideas y de enredos que se hubieran podido extraer de ellas decenas de argumentos para otras comedias válidas. Él no habría tenido tiempo para hacerlo: vivía vertiginosamente. Para los pocos florentinos que había en Nueva York en aquella época, pasar una velada con él era como estar de vuelta en casa. Su mente era un torbellino de hallazgos del mejor espíritu local: cuando estaba en vena no parábamos de reír, pero él continuaba impertérrito, improvisando al piano ciertas cantinelas suyas inventadas

sobre la marcha, como cantos dantescos en perfectos endecasílabos, pero con un contenido humorístico irresistible.

Pequeñito, delgadísimo y feote, y muy nervioso, Renzino tenía a sus pies a las más bellas mujeres de Nueva York y alrededores. Fascinante por su inteligencia y simpatía, vivía una vida intensísima de trabajo, de breves y locos amores y de continua necesidad de dinero. Por fortuna, nuestra relación fue siempre y sólo una excelente amistad: creo que únicamente las americanas eran capaces de soportar su caleidoscópica personalidad, y tal vez porque la mitad de las cosas que decía o hacía no las comprendían en absoluto.

Una vez que andaba muy ocupado detrás de algún bellezón que le robaba un tiempo precioso, me pidió el favor de escribirle un fragmento de comedia que debía entregar en tres días.

«Escribe», me dijo, «la más espantosa birria que seas capaz de imaginar. Acábame ese condenado segundo acto, y ajústate a las cosas que ya he escrito. Usa con frecuencia los términos *fementido* y *traidor*; y por favor, escribe algo absolutamente inmundado.»

Acepté y me puse manos a la obra. Paralizada ante la calidad de lo que me había dejado para leer, me pasé tres horas y media escribiendo una porquería que me parecía igual a la suya y quedé satis-

fecha. Me telefoneó a la mañana siguiente. Estaba furioso.

«¿Pero estás loca?», gritó. «¡Has escrito una especie de Divina Comedia! ¡Me toca tirarlo todo a la basura! ¿Pero es que no has comprendido ante qué clase de público va a ser representada *La reina Juana o la corona ensangrentada*? ¿No te bastaba el título?»

No, aquel ambiente no lo conocía. Me invitó a ver la *première* de la comedia. Necesitaba dinero y haría de apuntador para ganarse algunos dólares más. Lo primero que me dijo es que ninguno de los actores se sabía el papel. No podía imaginarme lo que seguiría a continuación. El pequeño teatro de Brooklyn no era más que una enorme habitación llena de incomodísimas sillas de madera. El público era increíble: había pocos jóvenes (la segunda y la tercera generación estaban ya casi americanizadas del todo), muchas matronas enojadas, envueltas en suntuosas pellizas de visón que en aquella época muy pocas, incluso en América, podían permitirse; en la cabeza, pañuelos pueblerinos, *non foulard di Hermès*, verdaderos pañuelos que, no obstante, habían perdido su dignidad campesina. Los hombres eran clavados a los de las películas de Al Capone y a los del futuro *Padrino*: el aire despectivo, los grandes puros, los trajes azules de raya ancha y el sombrero en la cabeza. Hablaban todos un dia-

lecto cerrado e incomprensible. Cuando se alzó el telón y se vieron dos sillas cubiertas de damasco rojo para crear atmósfera y definir vagamente la época de nuestro drama, pensé que quizá llegaría a armarse alguna bronca. Pero ni mucho menos, no se armó nada, y en el ínterin se había hecho un gran silencio mientras la reina hacía su entrada con un vestiducho negro y un paño de terciopelo rojo que le colgaba haciendo cola y, al arrastrarlo, levantó nubecillas de polvo.

Empezó la tragedia y no tardé en advertir que nadie se sabía el texto. Los actores se volvían una y otra vez hacia la concha del apuntador, y luego, con grandes gestos, repetían como papagayos. Era toda una historia de traiciones del duque de Lagoscuro y del conde de Lagoclaro en perjuicio de la pobre reina Juana, que no obstante traicionaba al duque traicionado a su vez por el conde, y entre todas estas intrincadas maquinaciones, aparecía y desaparecía, sin mostrarse nunca, un extraño personaje llamado Nissim, al que todos debían dirigirse para obtener consejos y ayudas. Nadie sabía quién era, pero cuando el duque de Lagoscuro, luego de haber declarado que tenía que tratar de cierto asunto con Nissim, al no haber entendido las palabras que seguían, se puso a bisbisear en el oído de la reina, desde el público se alzó un hombre gritando: «¡No le creas... que ése te traiciona! ¡Te trai-

ciona...!». Otros más se pusieron de pie con gesto amenazador, y después de haber reído tanto con todo aquel invisible ir y venir del misterioso Nissim, temí de verdad que el pobre actor acabase linchado.

Así constaté lo que me contó un muchacho cariñoso y amable, y muy atractivo, que había conocido en una pequeña emisora de radio de lengua italiana donde trabajaba como locutor. Una vez que hubo leído las previsiones del tiempo, nos pusimos a charlar y me contó que cuando en las emisoras italianas de Nueva York se retransmitían seriales, entre un capítulo y otro llegaban montones de cartas dirigidas a los personajes (no a los actores) dándoles consejos, revelándoles intrigas, elogiándolos o amenazándolos con vengarse. Entonces no había creído lo que me había contado aquel muchacho, que se llamaba Mike Bongiorno y era justo nuestro Bongiorno nacional, pero aquella noche pude comprobarlo con mis propios ojos.

El drama llegó a su fin, entre el regocijo general, con el acuchillamiento de varios fementidos traidores en aras de la justicia triunfante. Y la última frase, pronunciada por la reina con los brazos en alto, los ojos y los oídos dirigidos al apuntador, sonó de esta guisa: «¡Y ahora... queridos amigos... voy a casa de Nissim!». Fue un gran éxito, y esto también era algo que me resultaba imposible de creer, pero me aclaró muchas cosas sobre la actitud de

otras etnias hacia la comunidad italoamericana de aquella época.

Y, sin embargo, había encontrado entre ellos personas modestas y amables. Me vendían fruta y queso, y no me habrían negado ayuda en caso de habérsela pedido. Pero a éstos la gente ni siquiera los tenía en cuenta. Eran aquellos otros los que veía: los gordos ricachones que ostentaban brillantes en los dedos y preciosas pellizas sobre los hombros de sus mujeres: por eso me era imposible estar en desacuerdo con los que no los amaban. Y sólo entre los intelectuales, que son siempre una minoría, se sabía quiénes eran Segrè, Rasetti y Fermi, que ya desde hacía años trabajaban con Einstein, o quiénes Salvemini, Tucci y Prezzolini. Pero justo ahora, con la guerra recién acabada, daba comienzo la gran revalorización de Italia. Para acercar a la opinión pública a nosotros fue necesaria la bomba de la moda italiana, que explotó, inesperada y clamorosa, en 1951.

ESPOSAS DE GUERRA

En Nueva York y en 1946, ¿pero cómo y por qué había ido a caer allí? Había dejado Italia y mi familia cuando la sombra tenebrosa de la guerra apenas había empezado a disiparse, pero todavía quedaban las ruinas, los ferrocarriles devastados y las esperas de quien seguía confiando en el regreso de un hijo o de un marido. Todo estaba por reconstruir y habría deseado de todo corazón formar parte del nacimiento de aquel mundo nuevo que habíamos soñado, que había costado tantos sacrificios y un mar de sangre.

Pero no podía: era una esposa de guerra. Me había enamorado de un joven comandante americano, un hombre inteligente y simpático con el cual me entendía a la perfección porque entre nosotros ni siquiera se daba una fractura cultural. Era médico, había estudiado en la Universidad de Harvard, y allí, la cultura europea no es sólo un mito. Ama-

ba la música, pintaba bien, conocía la historia del arte, era perspicaz, divertido y muy bien educado. Nos casamos en octubre de 1945 y sólo estuvimos tres días juntos. Su nombre figuraba entre los primeros en la lista de los que debían ser repatriados: había pasado dos años en un hospital de campaña del frente italiano y por eso tenía derecho a regresar cuanto antes a su casa. Esperé seis meses para reunirme con él en Nueva York, pero pasaron casi volando, porque yo trabajaba en Radio Florencia y me preparaba para los últimos exámenes y para la defensa de mi tesis doctoral. Me sostenían sus cariñosas cartas, en las que me hablaba a menudo del psicoanálisis al que se había sometido nada más llegar a su país: se había especializado ya en psiquiatría y veía en el psicoanálisis un gran futuro económico, pero no podía ejercerlo sin haber sido a su vez analizado. Me parecía algo inútil para él, pero si así había de ser, naturalmente yo lo aceptaba.

Para las esposas de guerra el único medio de reunirse con su marido era embarcarse en un buque de la Cruz Roja americana. Pasados seis meses me llegó el telegrama con la convocatoria en Nápoles, donde tendríamos que pasar una decena de días para las vacunaciones de rigor. Me doctoré tres días antes de la partida y en aquel estado de ánimo la defensa de mi tesis fue toda una anomalía. Paso por alto lo referente a la estancia en la fascinante ciudad

partenopea. De aquella estancia preparatoria recuerdo sobre todo la masa de gente que nos seguía cuando salíamos del local de la reventa, el enorme trajinar de las esposas para vender bien las cosas en el mercado negro, el desorden de nuestro dormitorio en un triste edificio que había sido cuartel y la muchacha que dormía a mi lado.

Ésta tenía sobre la mesilla de noche un portarretratos de doble cara. Cuando iba a acostarse lo volvía por el lado de un muchacho moreno, desca-
misado y sonriente, frente al cual suspiraba con ternura; por la mañana le daba la vuelta al marco y aparecía un sargento americano en uniforme con el pelo cortado al cepillo y la cara redonda. Yo estaba un poco escandalizada, pero todo esto eran minucias en comparación con lo que vino después.

Nos embarcamos por fin en el *Vulcania*, que conservaba todavía su aspecto de transportador de tropas. Qué cosa tan romántica, un buque todo lleno de esposas. No tanto, quizá, si se piensa que éramos 560.

Cuando nos alejamos de Nápoles –con el corazón oprimido miraba a mi madre, que desde el muelle agitaba un pañuelo blanco– yo aún no había comprendido entre quiénes me encontraba, pero mientras se desvanecía ya aquella silueta doliente, aunque fuerte y valerosa, estalló a mi alrededor una furibunda escena digna de un melodrama. Se trata-

ba de una masa de mujeres vociferantes, muchachas que trataban de inmovilizar a las que querían arrojar al mar: llantos, crisis histéricas, desmayos, invocaciones, lenguaje soez.

Se había desencadenado un infierno. ¡Dios mío!, ¿pero quiénes eran aquellos monstruos? ¿Qué clase de bestias habían elegido estos americanos? Estaba aterrorizada y, de pronto, por primera vez en mi vida, me sentí completa y desesperadamente sola. Me quedé quieta en el puente mientras se difuminaban los contornos de Nápoles y de sus islas, de mi tierra italiana, y tuve miedo. ¿Qué había hecho? ¿Por qué me marchaba y adónde me dirigía? ¿Qué tenía yo que ver con aquella turba de mujerzuelas chabacanas y delirantes?

Seguía en el puente cuando las energúmenas se serenaron un poco y se me acercó una muchacha rubia. Tenía los ojos claros y dulces, me parecía tan extraviada como yo. Me dijo que se llamaba Paola, y luego, como se hace de niños, me preguntó: «¿Quieres que estemos juntas?». Tenía un aire dócil y bueno y nos adaptamos la una a la otra. Al cabo de dos o tres días se nos unieron otras muchachas. Formábamos un grupito de ocho, y sólo estando siempre juntas nos parecía poder defendernos de los monstruos. Por la noche yo dormía con otras diez muchachas en un camarote de cuatro, y no me conté entre las más desafortunadas.

Releo en la primera carta que escribí a casa desde el barco: «Las muchachas que están junto a mí son bastante decentes, pero en cuanto el mar se agita un poco vomitan por todas partes. Hay una muchacha pelirroja que siempre se siente mal, incluso cuando el mar está en calma, y es la copia exacta de la protagonista de *Roma, ciudad abierta*. No tiene pelos en la lengua, pero en las piernas le crecen abundantemente. Luego está una pobre inocente de diecisiete años, encinta, que llora cuando se marea, y otras de menor relieve». Por supuesto, no podía referir a mis familiares qué tipo de conversaciones mantenían mis compañeras: no sólo los habrían hecho palidecer a ellos, sino a todo un dormitorio de soldados. Continuaba escribiendo en la misma carta: «Trabajo todo lo que puedo con las muchachas de la Cruz Roja para ayudarlas con esta masa de palurdas que arman toda clase de líos. La mala educación, la falta de civismo, que se considera típica de los italianos, aquí alcanza cotas nunca vistas. El putaísmo (perdona, papá) alcanza y quizá supera dichas cotas. Es para avergonzarse de verdad...». Y era cierto. Cuando en nuestro pequeño grupo faltaba una de nosotras e íbamos todas juntas a buscarla, en los largos pasillos del buque se abrían y cerraban continuamente las puertas: entraban y salían marineros, camareros y muchachas, y todos ponían la misma cara ingenua; había quien silbaba,

quien se ajustaba la corbata y quien seguía desenvuelto con paso danzarín. Las esposas se sacudían los hombros con ademán de indiferencia y luego, como si estuviesen sumidas en profundos pensamientos, se pasaban las manos por los cabellos. El burdel navegante funcionaba a todas horas, día y noche.

Las muchachas americanas se desvivían de verdad para ayudar, curar y solazar a sus futuras compatriotas. Las acompañaban en sus visitas a las esposas con hijos que se alojaban en los camarotes que una vez habían sido de tercera clase. Cuando había mar gruesa, me daban pena todos ellos, las madres, los niños y las enfermeras de la Cruz Roja. Y en una ocasión me di pena a mí misma, no pude soportar las dantescas escenas que vi y apenas tuve tiempo de correr a cubierta, para pagar yo también mi tributo a aquellas oleadas gigantescas que sólo los océanos consiguen generar.

Nuestras vigilantes eran buenas en la ayuda y en la asistencia, pero en cuanto al esparcimiento –¡ay de mí!– eran un desastre. Lo de las dos películas al día estaba bien, pero cuando trataban de organizar algunos juegos, nos proponían unos hasta tal punto cretinos que nadie quiso nunca participar. Peor fue la idea del espectáculo en vivo. Eligieron a nuestro pequeño grupo para cantar, acompañadas al piano, *La serenata del pequeño asno*, un tema popu-

lar que todas conocíamos. Además de cantar, nos obligaron a imitar el repiqueteo de las pezuñas con fuertes chasquidos de lengua. Ellas no veían nada raro, pero nosotras, un poco por timidez y un poco porque el conjunto nos parecía de un ridículo disparatado, lanzamos unos sonidos que no se parecían en nada a las pezuñas de los asnos. Y, de hecho, el día de la representación, a nuestra primera nota, ante las más de quinientas esposas presentes, de aquellos dulces labios se elevaron coros nutridos de pedorretas al estilo masculino, potentes y viriles como sólo los entrenados labios partenopeos son capaces de emitir. Nuestro número se fue a pique piadosamente y no era de extrañar. Otra idea que nuestras ingenuas sanitarias de la Cruz Roja tuvieron que abandonar fue la de hacernos cantar, entre película y película, una canción de moda cuyas palabras aparecían sobre una pantalla.

Casi ninguna sabía inglés, así que no se entendía nada, y todavía era peor cuando sobre la pantalla aparecía, con un perentorio signo de exclamación, la palabra *hum*.

Nos explicaron varias veces que quería decir «canta con la boca cerrada», pero nadie lo hizo nunca.

Por la sala resonaban, en cambio, sonoros bramidos, y las pobres muchachas americanas no comprendían que también a nosotras aquel esparcimien-

to nos parecía de lo más ridículo. Luego vi que en los cines americanos el coro a boca cerrada se hacía siempre, y con gran desenvoltura, mientras que a mí me provocaba risa aquel coro desafinado, ejecutado obedientemente por personas de lo más serias y desconocidas entre sí. Puede que en aquel entonces los italianos estuvieran llenos de complejos, pero es evidente que no los tenían en otros campos.

Comíamos en un salón grandísimo, sobre largos tablonos de madera, en dos turnos de más de doscientas muchachas. El griterío era infernal, excepto en los días de mar agitado, cuando en la mesa, gracias a Dios, éramos muy pocas y por fin había silencio. Cuando había lleno, los pocos camareros, pobres hombres solos e indefensos entre una turbamulta de mujeres, tenían que pasar por las horcas caudinas de los comentarios, las alusiones y los reclamos; y a menudo, abochornados, se batían velozmente en retirada, como aquella vez que un cocinero perverso mandó a la sala bandejas de puré de patatas en las que había clavado centenares de salchichas de Frankfurt en posición vertical. Las risotadas fueron tales que los camareros, rojos como la grana, dieron de repente media vuelta y el cocinero rehízo su composición tumbando y troceando las salchichas, lo que resultó aún peor.

No obstante, en aquel viaje de pesadilla, hubo también valiosos encuentros y se estrecharon amis-

tades que duraron en el tiempo, al menos para quienes se quedaron. En aquellos once días de navegación entramos en contacto con otros grupos como el nuestro. Era común el ansia del próximo encuentro, como lo era la añoranza por las personas queridas que habíamos dejado, pero el salto en la oscuridad no nos daba miedo: teníamos confianza, éramos jóvenes, sabríamos afrontar diferencias y dificultades. Para la mayoría, en cambio, América representaba sólo el país de Jauja. Nos conocimos mucho más a fondo en aquellas horas que pasamos en las tumbonas del puente de aquel barco, que si hubiésemos estado varios años juntas en nuestro ambiente, que ahora dejábamos atrás.

Sólo para una de las ocho no fue así: Marta, una muchacha romana que no hablaba nunca, que no abrió ni una sola vez la boca con ninguna de nosotras, aunque siempre estaba a nuestro lado.

Era muy guapa y elegante. Tocábamos con envidia la suave tela de sus vestidos, su abrigo de piel de camello, la lana auténtica de sus jerséis. Tumbada a nuestro lado sobre el puente, miraba el mar y el cielo en silencio. Era misteriosa, pero tan llena de dignidad y exenta de orgullo que nunca intentamos que nos hiciera partícipes de sus confidencias.

El día antes de la llegada la excitación se había vuelto incontenible. En nuestro camarote, la muchacha que se parecía a Anna Magnani se pasó des-

pierta toda la noche, hablaba a voces en un diálogo absurdo con su hombre, cosa que siempre había hecho susurrando. La emprendimos a almohadillazos con ella para que nos diese un respiro, pero no sirvió de nada. Nunca había visto a nadie tan locamente enamorada como ella y, aunque nos daba la lata, inspiraba ternura.

Llegamos a primera hora de la tarde. Yo ya había preparado todo y subí al puente para gozar del espectáculo de mi nueva tierra, que ya se divisaba. Allí estaba Marta, sola, en la tumbona, con una manta de viaje sobre las rodillas, muda, con los ojos cerrados. Me senté junto a ella. De pronto vi una lágrima que se abría camino desde su pestaña y luego se deslizó hacia abajo, gruesa como el grano de una uva, hasta ocultarse en el cuello. Sentí una pena terrible por aquella muchacha.

«Marta», le susurré, «¿qué te sucede?» Entonces, entre lágrimas, me lo contó. Unos años antes su novio romano había partido al frente. No había recibido ni siquiera una carta comunicando su muerte. Había desaparecido. Al acabar la guerra ella había conocido a un oficial americano bueno y amable que la quería mucho, y se había casado con él.

Dos meses antes de nuestra partida, el novio había vuelto a Roma. «Y ahora», me dijo llorando, «está aquí, a bordo. Se ha embarcado clandestinamente para seguirme, ¿comprendes?...» Sí, ahora lo

comprendía todo: su reserva, su deseo de estar junto a nosotras, aun sin hablar, para sentirse protegida, sobre todo de la idea de aquel hombre que había pasado cinco días en la bodega sin comer ni beber y que ahora sería llevado a la Isla de Ellis y luego reembarcado y devuelto a Italia. Pobre Marta, ahora ella debía encontrar de verdad el coraje de vivir.

Por fin atracamos. El pequeño grupo se disolvió al instante. El desembarco fue desordenado y tumultuoso. Buscábamos entre la multitud las figuras y los rostros de nuestros maridos y los altavoces nos llamaban por nuestros nombres. De vez en cuando una de nosotras se separaba, la veíamos precipitarse, gozábamos de aquel encuentro tan esperado y nos sentíamos felices. Yo no vi a mi marido entre la multitud y fui una de las últimas en desembarcar.